



© 2026 Dominique Carden - Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización previa y por escrito del autor o del editor, salvo breves citas incluidas en una reseña o artículo.

1- Donde comienza mi verdadero rostro

Nunca he dejado de buscar el origen de mi ser, de rastrear las razones que han moldeado mi identidad actual. Es una obsesión constante. ¿No es la vôtre? A veces, nuestros actos se nos escapan, se vuelven insensatos, y dirigimos la mirada hacia los demás para intentar traducirnos a nosotros mismos. En ocasiones incluso buscamos nuestro propio reflejo en otro, con la esperanza de encontrar por fin esa comprensión que el silencio de nuestra alma nos niega.

Todos atravesamos pruebas y alegrías que nos transforman, experimentando sentimientos que creemos únicos. Pero, en el fondo, ¿no buscamos todos lo mismo? Encontrar a ese otro que, por su

propia experiencia, comparta nuestra misma frecuencia emocional y nos dé por fin la sensación de ser comprendidos.

La comprensión de los mecanismos de la vida llegó para mí tardíamente. Tuve que esperar a leer a C. Jung para validar mis propias intuiciones y, por fin, poner nombre a lo invisible. Qué vértigo pensar que, si la película de mi vida hubiera podido proyectarse al revés, el conocimiento de nuestros ciclos energéticos me habría ahorrado muchas tormentas. Sin duda, el sentido profundo de esta obra habría aparecido con mayor claridad si hubiera empezado por el final.

Es este punto de llegada, esta sabiduría de la energía adquirida a lo largo de

mis pruebas, lo que deseo analizar ahora en vuestra compañía. Decidí escribir porque existen destinos tan increíbles que no pueden permanecer en silencio. A través de estos relatos fuera de lo común, quiero ofrecer os un espejo: sin duda encontraréis en él fragmentos de vuestra propia historia y esas emociones que, aunque personales, nos unen a todos.

Último de una fratría con grandes diferencias de edad, me separan veinte años de mi hermano mayor y diez del menor. Fui el imprevisto, ese “accidente” que llegó cuando mis padres ya envejecían.

LA GÉNESIS DE UNA REBELIÓN

Una vida que comenzó maravillosamente con el estudio del piano y del órgano, a pesar de la soledad que me imponían unos padres demasiado ocupados en sus propias actividades, olvidando el afecto que debían brindarme y que yo buscaba en todas partes. Sin dinero de bolsillo alguno, sucumbí al encanto y a la sonrisa de mi maestra, colmándola de regalos que obtenía sustrayendo algunas monedas del monedero de mi madre, lo que me condujo directamente al internado.

Esa sensación de libertad dentro de aquel universo carcelario despertó en mí una rebelión que me llevó a convertirme en falsificador de firmas, ofreciendo mis servicios a quien los necesitara. Mi padre, debido a su avanzada edad,

truncó mis ambiciones de convertirme en cirujano. Para zanjar la cuestión, me enviaron a una escuela técnica en total contradicción con mis deseos. Gracias a él, sin embargo, descubrí uno de los instrumentos más grandiosos del mundo y emprendí la construcción de un órgano.

2- El murmullo de la otra orilla

Al romper mi hucha para comprar una motocicleta, me ofrecía mucho más que un motor: me regalaba la noche parisina. Mis padres permanecían tranquilos, convencidos de que yo estaba en la iglesia, mientras ya me aventuraba por las calles salvajes de Les Halles. Desde la rue du Cygne hasta la rue Saint-Denis, el espectáculo de

aquellas «bellas criaturas» engalanadas me fascinaba.

Era mi primer encuentro con una feminidad plural y carnal, lejos de la imagen única y sagrada de mi madre. Ardía por comprender ese mundo que tan cuidadosamente me habían ocultado. Sentía entonces la descompresión brutal de un resorte demasiado tiempo comprimido; mi deseo de libertad se volvía insaciable.

Hacia la una de la madrugada, el silencio de la nave fue quebrado por los cinco teclados del instrumento. En aquella penumbra viví una experiencia de pura trascendencia. Arrastrado por la música, fui transportado a una dimensión desconocida, un lugar divino donde el pensamiento creaba la materia.

No era una ilusión ni un sueño. Esa incursión en lo sagrado me otorgó una fuerza nueva, una certeza interior que ni las traiciones ni la agresividad de mi entorno podrían ya borrar por completo.

Si mi relación con Catherine seguía siendo platónica, no por ello dejaba de tener una fuerza absoluta: representaba mi primer amor. Sin embargo, la inquietud de sus padres vino a quebrar ese impulso.

Sous le yugo de la autoridad parental que me prohibía el acceso a las escuelas mixtas, estaba en busca de amor y de libertad, intentando descubrir a aquellas del sexo opuesto que solo conocía a través de la figura de mi madre. Mi elección del barrio de Les Halles no fue

la mejor, pero me enfrentaba a una realidad que me era completamente desconocida.

Aquella famosa noche en la iglesia de Saint-Eustache marcaría mi vida para siempre, abriendo mi espíritu a otra dimensión, sin que a esa edad pudiera analizar sus efectos. Mi ruptura con mi primer amor fue un choque terrible que se apaciguó cuando, al llegar las vacaciones de verano, partí hacia Cannes para reunirme con mi tía, propietaria de un hotel de cuatro estrellas en la región. Refugio de estrellas en busca de discreción, esos encuentros cambiaron mi visión del futuro, transformando al músico que yo era en un productor.

3- Donde el destino se inclina

Para poder continuar mis estudios con tranquilidad, tuve la suerte de encontrar un puesto de supervisor en un internado de Levallois-Perret. Un establecimiento que databa del siglo pasado, donde los niños vivían en la vetustez de la época. Aunque mi edad no estuviera escrita en mi frente, yo tenía apenas dos o tres años más que los mayores del pensionado.

Mi aventura como supervisor terminó bruscamente a causa de lo que entonces consideraba mi mayor ventaja: mi apariencia de hombre maduro. Desconcertado, interrumpí mis estudios y decidí lanzarme de frente hacia un proyecto que ya tenía en mente. Pero el simple anuncio de ese proyecto

desencadenó en mi padre un pánico absoluto ante las posibles consecuencias legales.

Para protegerse, acudió al Tribunal y solicitó que se pronunciara mi emancipación. La sentencia no fue para mí una liberación, sino un destierro. En el salón, mi padre me informó que, al convertirme en mayor de edad por la ley, perdía mi derecho al hogar. «Te vas hoy», zanjó. Me había reservado una habitación en un pequeño hotel de París, propiedad de uno de sus amigos, y pagada por dos meses. Antes de partir, me tendió tres billetes de cien francos como precio de mi silencio y de mi ausencia. Aunque respondí con desprecio, diciéndole que no era un mendigo, la realidad me obligó a aceptar aquella suma. Me dirigí entonces hacia aquel hotel del distrito XV, con el corazón pesado,

comprendiendo que mi padre acababa de deshacerse de su último hijo.

Intentad imaginar la angustia de un adolescente de diecisiete años, súbitamente huérfano de unos padres aún vivos. Solo en el corazón de la jungla parisina, proyectado sin transición en la edad adulta, sentía la violencia de una ruptura que jamás había deseado.

Entré en el infierno, arrojado como presa a los buitres, sin la menor experiencia, solo, definitivamente solo en aquella jungla. Al acercarse el fin del plazo en el hotel, me vi obligado a pasar algunas noches entre estaciones de metro y huecos de escaleras, que al menos me permitían dormir tendido.

Gracias a algunas relaciones, llevé a cabo mi primera producción, que por falta de experiencia terminó en un fiasco, y fui salvado *in extremis* por un feriante.

Al no haber alcanzado aún la mayoría de edad, decidí unos meses más tarde tomar el toro por los cuernos envejeciendo mi identidad nueve años, en busca de financiadores que creyeran en mis proyectos. Conocí a un productor de cine que finalmente me propuso ser su socio en la empresa, a cambio de una inversión que yo mismo debía encontrar, prometiéndome maravillas para un proyecto en Marruecos. Sin saberlo, me convertí en dirigente ficticio de dicha sociedad. Contraje un préstamo personal para ayudarlo a continuar la realización del proyecto y cubrir los gastos de

desplazamiento, y abrí una cuenta en una agencia de viajes para obtener los billetes necesarios.

Meses después me borró de la escena, dejándome en el vacío, sugiriéndome que residiera en hoteles de cuatro estrellas con servicio de restauración mientras sus negociaciones avanzaban. Una relación amorosa con la gerente de la agencia de viajes nació entonces, empujándome a encontrar un modo de saldar las facturas impagadas por el productor. Adquirí un coche deportivo mediante un pago fraccionado aceptado por el vendedor. Sin tener aún mi permiso de conducir, llevé el vehículo a París y lo vendí de inmediato, logrando así evitar la quiebra de la agencia. Continuando con mis proyectos cinematográficos, las semanas siguientes

me permitieron conocer a grandes figuras de las finanzas y del cine, hasta el día en que la visita matinal de la policía judicial aniquiló todos mis planes.

4- Aquel que la vida eligió para despertarme

Ante el callejón sin salida de mi situación, mi abogado llegó a tomarme afecto, comprendiendo que, demasiado joven, había sido víctima de mi propia ingenuidad, lo que no le impidió concederme una confianza absoluta. Jugó entonces una carta inesperada: me presentó el proyecto de un matemático y algorista sexagenario.

Aquel hombre de ciencia afirmaba haber descubierto una nueva ley matemática aplicable a las chances simples de la ruleta. ¿Mi misión? Poner mis principios morales al servicio de la aplicación de su sistema sobre el terreno. Me quedé perplejo, con una sonrisa incrédula, incapaz de concebir que un cálculo pudiera someter a la bolita de marfil. Era el mundo al revés: después del estafador del cine, me encontraba con el hombre de la demostración rigurosa.

La experiencia comenzó de manera casi ridícula: Jean-Michel recibió a aquel hombre en su casa durante varios días, con una ruleta de juego de mesa colocada sobre la mesa del salón. Sin embargo, el resultado fue fulminante. Tras tres días de éxito constante, ya no

cabía duda alguna. Jean-Michel dio el paso: financiaría la operación en Baden-Baden. Retenido por sus obligaciones profesionales, me delegó su poder. Yo me convertía en su centinela, encargado de velar por el capital y ejecutar el método en el casino más prestigioso de Alemania. Por 500 francos netos al día, unos 380 euros actuales, me convertía en sus ojos, el ejecutor de las altas obras matemáticas.

Bien que parezca increíble, me enfrenté a la eficacia real de su sistema. Durante varios meses hicimos idas y venidas a Baden-Baden, hasta el día en que conocí a una joven alemana que se convirtió en mi esposa. El señor Raymond, deseando romper el acuerdo con mi abogado, fue instado a entregarme las claves de funcionamiento del sistema para que

pudiéramos utilizarlo entre los dos, multiplicando así las ganancias. Al finalizar nuestra colaboración, conservé lo más valioso: *«El sistema»*.

De regreso a Francia, retomé contacto, gracias a las relaciones adquiridas en Marruecos, con la familia real, y organicé allí una serie de eventos.

5- Cuando el ángel tomó forma humana

À los veinte años descubrí las alegrías de la paternidad. Mi hijo, un niño magnífico, se convirtió en la fuente de una energía nueva, reforzando mi determinación de avanzar siempre, para

construirle un futuro sólido. Para estabilizar mis proyectos, me había comprometido con un inversor en la organización en Francia de un evento internacional.

Pero la ausencia del cheque, aunque contractual, me hizo temer lo peor. Tuve la premonición de estar frente a un nuevo “Jacques”. A medida que se acercaba la fecha del evento, la tensión aumentaba, reforzada por las llamadas insistentes de un industrial suizo que buscaba comprender la naturaleza de mis relaciones con aquel hombre. Los días pasaban, el dinero no llegaba, y la inestabilidad amenazaba de nuevo con arrasarlo con todo.

La conversación con el suizo fue quirúrgica. Me informó de que el

firmante de mi contrato estaba a punto de estafarlo. Había bloqueado los fondos in extremis, al descubrir que aquel hombre desviaba el dinero para su propio beneficio.

El escenario se repetía: el depredador cambiaba de nombre, pero el método era el mismo. Me encontraba ante un “Jacques” bis, y el desenlace dependía esta vez de mi capacidad de anticipación. Expliqué mi situación con total transparencia, mencionando los riesgos que corría mi empresa. El señor Edmond, el industrial suizo, me escuchó y me pidió mis datos bancarios, asegurándome que me llamaría por la noche.

Cuando el teléfono sonó, era él. No perdió tiempo en formalidades: debía

estar en Biel a las ocho de la mañana del día siguiente. La conexión fue instantánea; su lenguaje tenía una precisión quirúrgica. De pronto, miró la hora y me ordenó: «Rumbo al banco».

Aquel hombre solo me conocía desde hacía tres horas. Un encuentro que, con el tiempo, se transformó en una colaboración estrecha a lo largo de toda mi vida. Me consideró como a un hijo y me enseñó todo lo que yo ignoraba del mundo de los negocios. Para mí fue un padre espiritual, alguien que me inculcó la humildad, tal como él mismo la practicaba. Era el ángel salvador, un guía que apareció en mi camino, y no fue ni casualidad ni coincidencia.

6- El paso por mis tinieblas

Aun así, la incompreensión de Ulrike hacia su entorno en Francia se volvió insoportable; anhelaba regresar a su

tierra natal, asegurándome que su red de contactos nos permitiría volver à rebondir. Terminé cediendo a su petición. Al aceptar instalarme en Hamburgo, apostaba por la estabilidad conyugal, esperando que ese cambio de escenario bastara para apaciguar nuestras tensiones y ofrecerme un nuevo terreno de conquista. Comprendí rápidamente que los contactos prometidos no existían más que en sus palabras. Se abría un abismo entre la red que ella proclamaba tener y aquella a la que realmente me permitía acceder.

Al no ver ninguna perspectiva de futuro en Alemania, decidí, con la llegada del verano, despertar mi “mina de oro”: el sistema. Me reuní con mi amigo Christian en París, quien aceptó convertirse en mi socio y me abrió,

durante el verano, las puertas de su casa en Palma de Mallorca.

Utilizando su barco, partimos para acompañar a su hijo hacia Ibiza, una travesía de tres horas sobre un mar en calma, durante la cual me sugirió hacer venir a mi esposa. Al regresar, fuimos atrapados por una tormenta inmensa; después de nueve horas luchando contra la muerte, jamás habría imaginé que estaría hoy aquí para escribir esta desventura. Al volver, informé a mi esposa de aquella buena noticia, que ella recibió negativamente, no dejándome otra alternativa que el divorcio.

Me dirigí de inmediato a Hamburgo, a una cita fijada en un lugar que me era desconocido. Descubrí, a mi pesar, que trabajaba para los proxenetas del barrio de St. Pauli. Tras ser golpeado, recibí la orden de abandonar Hamburgo en el plazo de una hora, bajo amenaza de ser degollado en una autopista. No me fui, y la noche siguiente fui agredido con arma blanca por dos hombres al salir de un restaurante situado en un callejón.

Pensaba en mi hijo, solo en él, en hacer todo lo posible para sacarlo de allí. A través de un detective privado, y después de algunos meses, recuperé a la madre y al niño, mi única prioridad. Unas semanas más tarde, al regresar a casa al caer la tarde, encontré el apartamento vacío: había desaparecido con mi hijo, la cuenta bancaria vaciada

en el mismo día, y había vuelto a Hamburgo. Desde aquel día jamás recibí noticias de mi hijo, que desapareció para siempre de mi vida.

7- Entre luz y sombra

Para impedir que me hundiera, Cathy me lanzó de lleno a nuestros proyectos en África, convirtiendo el trabajo en un muro de contención contra mi derrumbe psicológico. Una noche, al salir de una cena tardía, el taxi que ella esperaba en el boulevard Bineau no apareció jamás. No podía dejarla sola; aceptó mi hospitalidad. De aquella noche solo guardo un recuerdo difuso, una especie de descompresión necesaria después de tantas pruebas. A la mañana siguiente,

el hecho era simple: estábamos acostados uno junto al otro, marcando el fin de mi soledad absoluta. Aquella situación resolvía también las cuestiones de alojamiento para el viaje a África que llevábamos semanas preparando.

Dado que los perfumes franceses eran prohibitivos en África, tenía el proyecto de instalar en Francia una unidad de envasado y exportar los equivalentes, un negocio perfectamente legal. Partimos hacia Abiyán, donde Cathy, que disponía de una agenda de contactos muy amplia, me presentó a numerosas personalidades interesadas en el proyecto. Conocí a un libanés implantado en gran parte de África Occidental.

Atraído por la oportunidad de colaborar con un poderoso empresario libanés, me vi progresivamente atrapado en una falsificación de marca, enfrentado a todos los problemas judiciales imaginables, precipitándome hasta el último peldaño de la escala.

8- Cuando todo se ensaña

Mientras tanto, me ocupaba de renovar una propiedad familiar donde vivía en la región parisina. Era la casa de mis abuelos, compuesta por una vivienda principal y un taller de artista al fondo del jardín, oculto tras unos avellanos, el lugar ideal para hacer barbacoas, vivir al aire libre sin ser visto y, sobre todo, recargar energías.

Una noche, hacia las once, Cathy y yo estábamos sentados sobre la alfombra,

una copa de rosado en la mano, envueltos por el silencio denso de la noche. Fue entonces cuando empezó: pasos lentos y pesados, resonando sobre el tejado.

Eran pasos cojos, arrastrados, avanzando de un extremo al otro como si una presencia atravesara el taller por encima de nosotros. No necesité escuchar mucho tiempo. Conocía ese ritmo. Esa vacilación al caminar. Esa manera de apoyar el pie. Era el paso de mi abuelo, parcialmente inválido. Permanecimos inmóviles, con la respiración suspendida, esperando que los pasos se apagarán, como si regresaran al lugar del que habían venido.

Cuando el silencio volvió a caer, agarré una linterna y salí de un salto, con el corazón desbocado. Iluminé el tejado de un lado a otro. Nada. Absolutamente nada. El tejado, inclinado y a dos metros y medio de altura, era inaccesible. Las ramas, demasiado alejadas, no podían rozarlo. Ningún animal habría podido trepar hasta allí sin hacer ruido.

Aquella noche comprendí que ciertos lazos nunca se rompen del todo. Y aquel misterio, por su parte, jamás encontró respuesta. Con el regreso de Christian previsto para septiembre, esperaba reunirme con él para iniciar las operaciones.

Retomé una actividad conjunta con mi amigo Christian en el ámbito de la

perfumería industrial. Antes de nuestro encuentro, se marchó un fin de semana a cazar a Sologne y nunca volvió con vida. Me encontré una vez más solo, sin socio, cayendo de nuevo al último peldaño de la escala. Otra relación me propuso una asociación ofreciéndome una enorme superficie de explotación, ocultándome cuidadosamente que estaba en proceso de expropiación. A mi regreso de un viaje, recibí una sentencia en rebeldía relativa a un préstamo contraído muchos años antes. Me puse en contacto con el banco y liquidé la deuda. Mi colaboración con aquel socio terminó unos meses después.

Uno de mis mejores y más fieles amigos constituyó una sociedad y retomé las riendas, regresando de Arabia Saudita con un contrato gigantesco en mis

maletas. Al volver, encontré todo mi correo hecho trizas y esparcido por los cuatro rincones del jardín, la propiedad devastada por una tormenta de varios días. Esa misma noche, fui atrapado en un incendio inmenso del que salí milagrosamente gracias a mi amiga Cathy.

Por razones incompatibles con la magnitud de su financiación, transferí el expediente unas semanas más tarde a mi socio suizo. Al llegar en tren nocturno a Pontarlier, fui detenido en la frontera, golpeado por una condena por rebeldía reiterada. Una citación probablemente destruida por la tormenta, por una deuda completamente saldada. Volvía a caer, una vez más, al pie de la escala. Nueve años habían transcurrido en un tormento permanente.

La sensación de caer siempre al pie de la escalera no es casualidad, sino la consecuencia de querer nadar a contracorriente del río. Fue exactamente en esa fecha cuando terminó el calvario de nueve años, algo que más tarde me sería revelado en el *Yi-Jin...*

9- El regreso hacia la luz

Paul, otro de mis amigos, muy ingenioso, me acompañó a Baden y tuvo la idea de informatizar el sistema que utilizábamos en un formato de calculadora. Los resultados fueron espectaculares y decidimos adquirir un instituto de belleza cerca de los Campos Elíseos. Hicimos instalar aparatos UV de alta presión por “Léon”, un fabricante de la región

parisina. Paul, que había perdido por accidente a su futura esposa, quiso encargarse del reclutamiento del personal femenino y puso sus ojos en una maravillosa esteticista de 22 años. Como su sentimiento no era recíproco, ella se volvió hacia mí, desencadenando un conflicto que rompió para siempre nuestra valiosa amistad. Perdí no solo una amistad preciosa, sino también el calculador de casino.

10- La experiencia más hermosa

Stéphane regresaba de un periplo solitario por África, habiendo unido París con Bamako en coche. Me contó sus aventuras, tan apasionantes como lucrativas, pues su vehículo se había vendido allí a precio de oro, lo que me impulsó a organizar un próximo viaje.

Esta vez, la idea era partir en grupo para multiplicar los beneficios.

Con la esperanza secreta de que este viaje rompiera los bloqueos de Chantal, asumí la compra y la preparación de los vehículos, mientras Stéphane se encargaba de encontrar a los conductores adecuados.

Una vez todo en orden, él gestionó los trámites administrativos y los cambios de titularidad en la subprefectura de Antony. Sin embargo, la reciente intervención quirúrgica de mi padre me impedía, por desgracia, anular o retrasar la partida. A principios de enero de 1987, zarpamos rumbo a Bamako: seis personas en total, incluyendo a otra pareja, un joven solitario y cinco vehículos.

Fue un viaje maravilloso que no duró tres semanas, como estaba previsto, sino más de tres meses, salpicado de aventuras desafortunadas e imprevistas en la frontera española, seguido de otras aún más peligrosas, como cuando me desperté con una cobra de dos metros sobre los muslos. Una aventura humana extraordinaria a través de paisajes que desbordaban el entendimiento, donde una simple inyección de antibióticos salvó a un pequeño niño tuareg de la muerte.

El desenlace de aquel viaje puso fin a mi relación amorosa. He recorrido el planeta en todos los sentidos, pero ese viaje seguirá siendo para mí el más memorable de toda mi vida.

11- La increíble sincronicidad

Volví a ver a mi madre, viuda desde hacía dos meses, quien subrayó que mi ausencia la había ayudado a sobrellevar la partida de mi padre.

Una noche, presa del aburrimiento, consulté el Minitel e hice «por casualidad» el conocimiento de una joven de Burdeos, propietaria de una marca de cosméticos y deseosa de renovar su gama. Tras una entrevista en París, decidimos colaborar. Recibió sus primeras entregas en los dos meses siguientes y se encontró incapaz de saldar mis facturas. Dada la importancia del importe, me dirigí a Burdeos durante el salón internacional de estética para

intentar, en vano, encontrar una solución con ella.

Atravesando la multitud de los pasillos, alguien me agarró del brazo. Cuál no sería mi sorpresa al ver a «Léon», aquel fabricante de material que nos había suministrado el año anterior. Al preguntarnos mutuamente qué hacíamos en Burdeos, mostró un gran interés en conversar y estudiar la posible adquisición de la marca, y nos reencontramos unos días después en París.

Allí conocí a una joven y bellísima mujer, su asesora en cosmética y mi futura esposa, quien decidió ampliar la gama bajo sus consejos. La gama creció rápidamente, al igual que el importe de las facturas, lo que provocó a Léon

ciertos problemas de financiación. No me quedó más remedio que dirigirme a Suiza en busca de una posible solución. La colaboración solo era viable a condición de operar en un mercado financieramente seguro, y mi socio me sugirió la gran distribución. Tras algunos meses, la marca quedó implantada en toda la red francesa, para gran disgusto de los competidores nacionales, que lograron expulsarnos de su red.

12- Hacia la conquista de otros mundos

Frente a aquella traición costosa, decidimos orientarnos hacia la exportación. Durante los ocho años siguientes recorrimos juntos, en todos los sentidos, los cinco continentes,

empezando por Asia. Ante un inicio de debacle, decidí instalarnos en Malasia. Fue a partir de ese momento preciso cuando comencé, en nuestra villa, a percibir sensaciones extrañas, a volver a ver las mismas imágenes que había percibido más de veinte años antes, aquella noche en el órgano de Saint-Eustache, en un tiempo que no existe. La presencia me hablaba y se volvía cada vez más cercana. Objetos de la casa se desplazaban a la vista de todos sin romperse.

Durante casi ocho años recibí una enseñanza en forma de imágenes que se inscribían en mi mente a la velocidad de la luz, algunas de las cuales siguen siendo hoy en día oscuras para mí. La relación de pareja cambió por completo,

liberando una agresividad constante y progresiva sin igual.

Tras una disputa habitual y encontrándome en Francia justo antes de Navidad, invité a mi esposa a unirse a mí, cuando teníamos previsto pasar las fiestas en familia en Phuket. Aceptó mi invitación y vino a Francia, anulando las celebraciones en Tailandia. Cuál no sería nuestra conmoción al descubrir en las noticias la tragedia del tsunami del 26 de diciembre de 2004, cuando deberíamos haber estado allí...

Viví decorporaciones durante mi sueño hacia otros universos, encontrando seres que volvía a ver en otras noches o incluso durante el día. Acorralado por la presión y por la partida «anunciada» de mi madre, quise poner fin a todo

lanzándome al mar embravecido, y regresé a la orilla a la velocidad de un torpedo.

Una mañana, solo en mi despacho, sentí una presencia muy cercana a mí, una mano que rozaba suavemente mi hombro, indicándome a largo plazo la destrucción de mi matrimonio, una salida de Malasia y un regreso hacia Asia. Así fue como los acontecimientos comenzaron a ponerse en marcha.

13- La vida que dejo, la que me espera

A mi regreso de Malasia, la ignominia se reveló en toda su frialdad. Mi esposa,

amparada en su condición de gerente, orquestó mi destrucción con una precisión casi clínica. Comenzó por captar al compañero de su hija, aquel joven al que yo había salvado y formado en Kuala Lumpur, y que me dio la espalda en cuestión de semanas.

Luego levantó un muro entre mí y sus hijos, mientras se dedicaba a sabotear desde dentro la empresa que yo financiaba. Yo era el objetivo a eliminar, víctima de un guion de delación y calumnia que ella ya había infligido, punto por punto, a su anterior marido.

Abandonado completamente a mí mismo la noche de Navidad, pensé una vez más en poner fin a todo. En ese mismo instante recibí un mensaje desde China de una amiga que me deseaba felices

fiestas de fin de año. Unas semanas más tarde me encontraba en China, donde sigo hasta hoy...

4- Mensajes del Universo

Había llegado el momento de evocar nuevamente a C. Jung, ya no como una simple referencia intelectual, sino como un guía en el camino interior. Marie-Louise von Franz, su alumna y asistente, contaba que, al final de su vida, Jung había dejado de consultar el Yi-Jin: ya conocía las respuestas antes incluso de abrirlo.

Esa confidencia, casi susurrada a través del tiempo, me intrigó durante años. Y usted, ¿qué haría si pudiera entrever las respuestas antes que las preguntas? Solo en los últimos diez años he empezado a

comprender lo que Jung había descubierto varias décadas antes que yo. El conocimiento del Yi-Jin no es un privilegio reservado a unos pocos iniciados: ofrece a cualquier ser humano la posibilidad de evitar muchas dificultades antes de que se manifiesten. Imagine por un instante que le entregan un mapa antes de emprender un viaje. Lo consultaría, ¿verdad? Pero una vez llegado a destino, ya no le serviría de nada.

El Yi-Jin apareció mucho antes de las fechas indicadas en Occidente, pues sus primeras huellas se remontan a ocho mil años. Si comparo toda la información con los acontecimientos vividos, todos, hasta en el más mínimo detalle, coincidían. La mayor sorpresa provino del periodo entre los dieciséis y los

veinticinco años. Su impacto en el plano cuántico fue absolutamente extraordinario, conteniendo la esencia del pasado, del presente y también las semillas del futuro a través del motivo de un hexagrama, revelando una información que ofrece al observador la liberación de una energía creadora situada fuera del tiempo.

Fue en ese momento preciso cuando se me reveló el periodo de aquellos nueve años de pesadilla que atravesé entre los 16 y los 25 años, ¡con todos sus detalles! Partía de una intuición simple: nuestra mente influye en nuestra biología, del mismo modo que el entorno moldea nuestra mente. Y usted, si observa su propia vida, ¿no ha notado nunca esa interacción sutil entre lo que siente y lo que expresa su cuerpo?

Yo no enseñaba un método, sino una actitud interior: establecer un diálogo entre el cuerpo y el espíritu, escuchar lo que uno susurra al otro, comprender que los desequilibrios no son enemigos, sino mensajes. Se repite desde siempre que, si el ser humano conociera el poder de sus propios recursos, podría lograr cosas inimaginables. Quizá incluso mover montañas. Y usted, ¿qué haría si descubriera que ese poder ya duerme dentro de usted?

Los pocos ejemplos que presento aquí son fruto de la enseñanza que mis guías me transmitieron durante mis años en Kuala Lumpur. A veces basta con sentarse, centrarse y contemplar cómo la magia se pone en marcha. El Universo trabaja para usted. Busca darle aquello que pide. Pero es necesario pedirselo

con claridad. El Universo no adivina: responde. Imagine que encarga un pastel. Si no especifica ni aroma, ni crema, ni chocolate, ni sabor, recibirá un pastel... sin aroma, sin crema, sin chocolate, sin sabor. Un pedido vago provoca una respuesta vaga.

Tuve la suerte extraordinaria de vivir un número considerable de experiencias fuera de nuestra tercera dimensión, sin haberlas buscado. Llegaron cuando dejé de aferrarme a mis creencias, a mi EGO, a mi mente. Porque para descender profundamente en uno mismo, hay que desconectarse de todo eso. Cuando siente la alegría, la verdadera, aquella que no depende de nada, entonces está conectado con su divinidad. Ahí es donde comienza su poder.